

MONS. ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

**«LA CARIDAD
EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»**

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

Imprime:
Gráficas Carpintero, S. L.
Ctra. de Alcolea, s/n.
Sigüenza

Foto portada: Santa Teresa de Calcuta.

MONS. ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ
Obispo de Sigüenza-Guadalajara

**«LA CARIDAD
EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»**

CARTA PASTORAL

Septiembre 2016

Índice

INTRODUCCIÓN	7
I. HACEMOS MEMORIA	9
1.1. Damos gracias a Dios	9
1.2. En comunión con la Iglesia universal	11
1.3. Pensando en el futuro	14
II. DIOS FUNDAMENTO DE LA ACTIVIDAD CARITATIVA	18
2.1. Dios nos amó primero	19
2.2. Jesucristo, revelación del amor del Padre	21
2.3. El amor cristiano, don del Espíritu	24
III. RESPUESTA DE LA IGLESIA ANTE LA REVELACIÓN DEL AMOR DE DIOS	27
3.1. Los Apóstoles dan testimonio del amor de Dios ...	28
3.2. La opción preferencial por los pobres	29
3.3. La credibilidad de la Iglesia reside en la vivencia. del amor	31
3.4. El futuro de la existencia humana se juega en la relación con los pobres	33
3.5. La organización de la caridad	35

IV. ASPECOS DE LA ACTIVIDAD CARITATIVA A LOS QUE DEBERÍAMOS PRESTAR ESPECIAL ATENCIÓN EN LOS PRÓXIMOS AÑOS	39
4.1. Sin la vivencia de la caridad no puede haber evangelización	40
4.2. El conocimiento y seguimiento de Jesucristo, fundamento de la caridad	42
4.3. La persona y su dignidad en el centro de la acción caritativa	45
4.4. Promover la amistad con los pobres	48
4.5. Ejercer la denuncia profética	51
4.6. Prestar atención a las nuevas pobrezas	53
4.7. Cuidar la pobreza espiritual	56
4.8. Pobres con los pobres	58
4.9. De la exclusión a la inclusión social de los pobres	60
4.10. Desafío ecológico y apoyo a las economías solidarias	63
4.11. La formación de los miembros de Caritas	66
CONCLUSIÓN	70

Siglas utilizadas

CEE	<i>Conferencia Episcopal Española</i>
DCE	BENEDICTO XVI, Encíclica <i>Deus Caritas Est</i>
EG	FRANCISCO, Exhortación Apostólica <i>Evangelii Gaudium</i>
ENI	B. PABLO VI, <i>Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi</i>
MV	FRANCISCO, Bula <i>Misericordiae Vultus</i>
NMI	S. JUAN PABLO II, Carta Apostólica <i>Novo Millennio Ineunte</i>
PPD	DIÓCESIS SIGÜENZA- GUADALAJARA, Plan Pastoral Diocesano 2014-2018
UdAPs	Unidades de Acción Pastoral

LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA

Introducción

Queridos diocesanos:

Estamos a las puertas de un nuevo curso pastoral. El Señor pone ante nosotros un tiempo de gracia y de salvación, prometiéndonos la asistencia del Espíritu Santo para ayudarnos a madurar en la fe y para estimularnos en el seguimiento de Jesucristo. La comunión con el Señor nos abrirá a la vivencia de la comunión Trinitaria y a la comunión fraterna. Así estaremos en condiciones de impulsar con nuevo ardor y con esperanza renovada la misión evangelizadora de su Iglesia.

Ciertamente los tiempos que nos toca vivir están llenos de incertidumbres y de profundas transformaciones en todos los ámbitos de la vida. Pero, para quienes creemos en Dios, los nuevos tiempos también están repletos de certezas, pues sabemos que en medio de las dificultades del camino, la Palabra del Señor, siempre viva y eficaz, nos invita a vencer nuestros miedos para salir en misión hasta los confines de la tierra mostrando a todos el amor de Dios y la alegría del Evangelio. Si acogemos con gozo esta invitación del Señor, podremos actuar siempre con la convicción de que es posible descubrir y recorrer nuevos caminos para responder evangélicamente a la nueva realidad social, cultural y religiosa.

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

Teniendo siempre en el horizonte de nuestros proyectos la evangelización, que es la identidad más profunda de la Iglesia, en esta Carta Pastoral os ofrezco algunas reflexiones sobre la dimensión social de la fe y sobre la actividad caritativa de la Iglesia con la confianza de que puedan ayudaros a profundizar en el objetivo pastoral, al que hemos de prestar especial atención durante el próximo año, siguiendo las orientaciones de nuestro Plan Pastoral Diocesano (PPD)¹.

Después de dar gracias a Dios por la actividad pastoral desarrollada durante el curso pasado, propongo una breve meditación sobre el amor de Dios y sobre la respuesta al mismo por parte de las primeras comunidades cristianas. Teniendo en cuenta el testimonio creyente de los primeros cristianos, la contemplación de la realidad y las enseñanzas de los últimos Papas, os presento en la última parte de la carta algunas acciones con la esperanza de que puedan ayudarnos a revisar la actividad caritativa de nuestra diócesis y de nuestras parroquias.

Confío en que esta reflexión sobre la caridad y sobre la dimensión social de la fe cristiana nos ayude a dar pasos en el camino de la evangelización. La vivencia de la caridad nos hará salir de nosotros mismos para dar testimonio de palabra y de obra de Jesucristo, el enviado del Padre para la salvación de todos los hombres.

¹ DIÓCESIS DE SIGÜENZA-GUADALAJARA, Plan Pastoral Diocesano 2014-2018. *El amor de Cristo nos urge* (2Cor. 5,14).

I. Hacemos memoria

Uno de los mayores problemas de la Iglesia y de la sociedad actual está en el olvido del pasado. La pérdida de memoria de lo acontecido a lo largo de la Historia de la Salvación puede llevarnos a proyectar el presente sin tener en cuenta los errores del pasado y, consecuentemente, a no fundamentar las decisiones actuales en la verdad.

Cuando los cristianos olvidamos las enseñanzas evangélicas al orientar la vida personal o la actividad pastoral, no sólo renunciamos al pasado, sino que corremos el riesgo de pensar que la Iglesia comienza y termina en nosotros y en nuestros esfuerzos. Es más, sin darnos cuenta, podemos llegar a justificar actuaciones personales y proyectos evangelizadores apoyándonos en el relativismo y en el subjetivismo de la cultura actual sin analizar sus consecuencias. Esto debe estimularnos a contemplar cada momento de la historia desde Jesucristo, la única verdad de nuestra existencia.

1.1. Damos gracias a Dios

Antes de adentrarnos en la escucha de la Palabra de Dios, os invito a darle gracias por los incontables dones reci-

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

bidos de su bondad y por el fruto espiritual de las actividades pastorales realizadas durante el curso pasado. Cuando nos ponemos ante Dios en actitud contemplativa, siempre tenemos motivos para agradecerle lo que somos y lo que hacemos en el servicio a nuestros semejantes.

Entre otras cosas, hemos de dar gracias a Dios porque en el curso pasado los miembros de la Delegación diocesana de Nueva Evangelización, acogiendo la invitación de los arciprestes y la programación pastoral diocesana, pudieron ofrecer a los sacerdotes, religiosos y cristianos laicos la oportuna y necesaria información sobre el contenido y posible implantación de las **Unidades de Acción Pastoral** (UdAPs).

La constitución de las mismas, como ya he indicado en otras ocasiones, tiene que ser un medio y un camino para seguir impulsando la comunión eclesial y la corresponsabilidad pastoral entre todos los miembros del Pueblo de Dios en los distintos arciprestazgos y parroquias de la diócesis. La comunión eclesial, como señala nuestro PPD², ante todo, es un regalo de Dios que hemos de acoger y practicar constantemente en las relaciones con nuestros semejantes y en el ejercicio de la actividad pastoral. Sin la vivencia de la comunión eclesial entre todos los bautizados será imposible evangelizar y mostrar la verdadera identidad de la Iglesia de Jesucristo.

Es más, cuando la comunión eclesial se resquebraja y las celebraciones litúrgicas se viven rutinariamente, la actividad pastoral puede convertirse en una carga pesada e insostenible. Para

² Cf. PPD, *Capítulo II: Misión que se construye desde la comunión.*

que esto no suceda, hemos de renovar constantemente nuestra fe en Dios, alimentándola con la oración y la participación frecuente en los sacramentos. Solamente, si estamos llenos de Dios, podremos dar testimonio de su amor misericordioso y ofrecer su salvación a quienes se han alejado de la Iglesia o permanecen en la indiferencia religiosa.

Asimismo hemos de dar gracias a Dios por la vivencia gozosa de la vocación cristiana y la experiencia alegre de tantos evangelizadores. Los encuentros de oración organizados en las parroquias, los retiros y ejercicios espirituales programados en distintos momentos del año, así como la experiencia religiosa de los **grupos de Lectura Creyente y Orante de la Palabra de Dios**, nos están ayudando a profundizar en el conocimiento de Jesucristo, a revisar la relación con los hermanos y buscar en todo momento la voluntad de Dios.

Las programaciones pastorales y la misma evangelización pueden carecer de una verdadera orientación, si quienes nos confesamos seguidores de Jesucristo no vivimos con la profunda convicción de que, antes de ser misioneros, hemos de ser buenos discípulos. Si no cuidamos con esmero la relación con Dios, estaremos incapacitados para ser discípulos misioneros y encontraremos dificultades para progresar en la conversión pastoral tan necesaria en estos momentos.

1.2. En comunión con la Iglesia universal

Además de estas acciones encaminadas a la renovación espiritual de todos los miembros del Pueblo de Dios y a la

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

práctica de la comunión fraterna, hemos de agradecer también a Dios los dos espléndidos obsequios que nos ha hecho el papa Francisco con la publicación de la Exhortación postsinodal *Amoris Laetitia* (La alegría del amor) y con la invitación a celebrar el Jubileo extraordinario de la Misericordia.

En la **Exhortación *Amoris Laetitia***, el Santo Padre hace una serena reflexión sobre la realidad del matrimonio y de la familia en nuestros días, recogiendo las enseñanzas de sus predecesores y las aportaciones de los dos últimos sínodos. En tiempos de tanta confusión, el contenido de la Exhortación ha de ser una luz para iluminar el camino de la preparación al matrimonio y para la dinamización de la pastoral familiar en las parroquias y movimientos apostólicos. En este tema hemos de actuar con la convicción de que no será posible “alentar un camino de fidelidad y de entrega recíproca, si no estimulamos el crecimiento, la consolidación y la profundización del amor conyugal y familiar”³.

Sobre este documento tendremos que volver con frecuencia durante los próximos años, teniendo especialmente en cuenta las lúcidas enseñanzas del mismo sobre la responsabilidad de los padres en la educación y en la transmisión de la fe a sus hijos. Sin el conocimiento, la acogida y la respuesta generosa al amor de Dios resultará imposible progresar en la vida cristiana y recorrer las etapas de la convivencia matrimonial y familiar. La Delegación diocesana de Pastoral Familiar y los miembros del Centro de Orientación Familiar nos

³ FRANCISCO, Exhortación apostólica *Amoris Laetitia*, (2016), n. 89.

ayudarán a tener muy presente que la Iglesia ha de abrazar a cada ser humano para brindarle la alegría del Evangelio, imitando así a Dios que nos ama a todos.

Con la convocatoria del **Jubileo extraordinario de la Misericordia**, el Santo Padre nos ha pedido a todos los cristianos que detengamos el paso para ponernos una vez más ante Dios, “lo único necesario”. Las prisas y las dificultades para hacer silencio interior pueden impedirnos descubrir la verdadera identidad de nuestro Dios, acoger con gozo su perdón y ser testigos creíbles de su entrañable misericordia. Si no acogemos en nuestro corazón la gracia divina y nos dejamos transformar interiormente por la acción del Espíritu Santo, nunca podremos llegar a ser misericordiosos como el Padre celestial.

Hemos de agradecer a Dios el trabajo generoso de la Comisión encargada de la organización de este Año jubilar. Entre las acciones programas, tendríamos que resaltar las celebraciones jubilaes en parroquias y arciprestazgos, los pasos dados para la creación del centro de la escucha, la celebración diaria del sacramento de la reconciliación en la Concatedral de Guadalajara y las peregrinaciones a los santuarios y a los restantes templos jubilaes. Estas celebraciones nos han permitido recibir la gracia de la indulgencia jubilar, crecer en la pedagogía del perdón y practicar la misericordia con nuestros semejantes. La contemplación del amor misericordioso del Padre será siempre el punto de partida para poner en práctica las obras de misericordia con nuestros semejantes. El testimonio de ese amor será el mejor obsequio que

podremos ofrecer a nuestros hermanos como fruto del Jubileo de la Misericordia.

1.3. Pensando en el futuro

Aunque es justo y necesario dar gracias a Dios siempre y en todo lugar, también es preciso que pidamos la ayuda de la gracia divina para perseverar en la misión que Él nos ha confiado. Por eso, guardando en la mente y en el corazón todo lo que hemos vivido y descubierto en el pasado, hemos de pensar en el futuro y programar las actividades pastorales para el próximo curso. Así podremos colaborar con el Señor y con los hermanos en el anuncio del Evangelio y en la construcción del Reino.

Para seguir impulsando la acción evangelizadora en la diócesis, tenemos que permanecer a la escucha de la voluntad de Dios mediante la intensificación de la oración personal y la meditación de su Palabra, especialmente en los grupos de Lectura Creyente y Orante de la Palabra de Dios. La escucha de Dios y la contemplación de la realidad diocesana nos ayudarán a progresar en la sensibilización y diseño del **mapa de las UdAPs**. Para avanzar en esta dirección, todos los diocesanos o, al menos, quienes frecuentan la parroquia tendrían que conocer los pasos que ya se han dado y los que tendremos que dar en el futuro para impulsar este trabajo pastoral desde la comunión y la corresponsabilidad. Esto en gran medida depende de la implicación de los sacerdotes. Por ello, me atrevo a pedirlos, queridos diocesanos, un nuevo esfuerzo para lograr este objetivo, contando con la ayuda de la Comisión nombrada al efecto.

MONS. ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

Con la ayuda del Señor y la colaboración de la Delegación diocesana de Catequesis, hemos de seguir avanzando también en la reflexión sobre la Iniciación Cristiana y en la preparación próxima y remota para la recepción de los sacramentos. Al hacer esta revisión, hemos de tener muy presente no sólo la necesidad de publicar en su momento un **Directorio de la Iniciación Cristiana** que nos ayude a actuar con criterios comunes en toda la diócesis, sino la urgencia de encontrar nuevos caminos para presentar a Jesucristo y hacer posible la comunión vital con Él de los niños, jóvenes y adultos en estos tiempos de indiferencia religiosa y de relativismo moral. Durante este curso pastoral hemos de trabajar especialmente todo lo relacionado con el Sacramento de la Confirmación.

Después de escuchar el parecer y las aportaciones de los arciprestes y de los miembros de los distintos consejos diocesanos, como ya he indicado, considero muy necesario que todos los diocesanos concentremos nuestra atención, durante el próximo curso, en el estudio de la dimensión social de la fe y en la revisión de la actividad caritativa de nuestras comunidades parroquiales. Este **objetivo pastoral**⁴, propuesto en el PPD y desarrollado con amplitud en las enseñanzas del papa Francisco nos permitirá permanecer atentos al clamor de los pobres, para escuchar sus sufrimientos y socorrerlos en sus necesidades. Aunque aparentemente hay menos necesidades materiales que en años pasados, la experiencia nos dice que las personas, aunque tengan muchos bie-

⁴ "Que nuestras comunidades estén atentas a escuchar el clamor del pobre y a socorrerlo, viendo en él la prolongación de la encarnación de Cristo" PPD, *Capítulo III, Misión es amor.*

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

nes materiales, necesitan y esperan siempre que les mostremos el amor de Dios.

Esta revisión y estudio de la actividad caritativa no quiere decir que no exista una buena planificación y organización de la misma en la diócesis, sino que hemos de analizar en todo momento la atención y el acompañamiento que ofrecemos a los más necesitados como un medio prioritario para el impulso de la nueva evangelización. Solamente si hacemos esta reflexión en toda la diócesis sobre la vivencia y la práctica de la caridad, estaremos en condiciones de corregir fallos y proponer nuevas acciones para acompañar adecuadamente a los más pobres, teniendo en cuenta las nuevas exigencias que nos plantea la cambiante realidad social.

Además de estas acciones concretas, durante el próximo mes de mayo seremos agraciados en nuestra diócesis con la **visita de la imagen peregrina de la Virgen de Fátima**, al cumplirse el primer centenario de sus apariciones. Con la finalidad de organizar adecuadamente las distintas celebraciones que se programen con este motivo en las parroquias y arciprestazgos he nombrado una Comisión. A los miembros de la misma quiero agradecerles su disponibilidad y su respuesta generosa.

La honda devoción de todos los diocesanos a la Santísima Virgen y, más concretamente, a la advocación de Fátima en la Concatedral de Guadalajara, nos permitirá experimentar una vez más su protección maternal y descubrir la actualidad de sus mensajes a los pastorcillos. Como en aquel mo-

MONS. ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

mento, también en nuestros días, es muy necesaria la oración y la penitencia por la conversión del mundo y por el logro de la paz entre todos los pueblos de la tierra.

De un modo especial pediremos a la Santísima Virgen que interceda ante su Hijo para que la familia humana, dividida y enfrentada en tantos rincones de la tierra, experimente la paz, la libertad, la justicia y la esperanza, renunciando para siempre al odio, la venganza y la injusticia. Ante los criterios de un mundo que pone su confianza en el bienestar material, en los descubrimientos científicos y en la fuerza de los poderosos, María continuará mostrándonos la entrañable misericordia de Dios, que dispersa a los poderosos y mira complacido a los humildes y sencillos de corazón.

II. Dios, fundamento de la actividad caritativa

La experiencia nos dice que en la sociedad actual existe muy poca valoración de lo religioso. En ocasiones, constatamos que existen algunos grupos que pretenden relegar lo religioso a las “sacristías” o al ámbito de la conciencia individual. Quienes piensan y actúan con estos planteamientos olvidan que, cuando los seres humanos organizamos la vida y la convivencia social sin tener en cuenta a Dios, los más pobres son siempre las primeras víctimas de nuestros egoísmos y caprichos.

Consciente de esta realidad, el papa Francisco, al convocar el Jubileo de la Misericordia, nos invitaba a todos los cristianos a abrir la mente y el corazón a Jesucristo para avanzar en el camino de la conversión personal y comunitaria, para aprender misericordia y ser misericordiosos con nuestros semejantes⁵. La acogida de la Palabra de Dios nos ayudará a descubrir a Jesucristo, encarnación de la misericordia del

⁵ Cf. FRANCISCO, Bula *Misericordiae Vultus*, 2015, (2015) (MV).

Padre, como luz para el camino y como presencia permanente en los pobres.

Ahora bien, como la misión evangelizadora de la Iglesia y la actividad caritativa nacen de Dios y tienen como finalidad conducir a los hombres al encuentro con Él, considero conveniente centrar en un primer momento nuestra mente y nuestro corazón en el Dios Trinitario, fuente del amor verdadero y de toda obra buena.

2.1. Dios nos amó primero

“Dios no tiene simplemente el deseo o la capacidad de amar; Dios es caridad; la caridad es su esencia, su naturaleza”⁶. Estas palabras del papa Francisco nos confirman que la gran verdad del cristianismo se sustenta en el conocimiento y en la experiencia de Dios, que es amor y nos amó primero⁷. Si aceptamos cordialmente que Dios nos ama sin condiciones y sin mérito alguno por nuestra parte, estaremos en condiciones de responder a su llamada y de actuar a impulsos de su amor.

La aceptación de esta verdad evangélica nos permite comprender que la vida cristiana, la vida nueva en Cristo inaugurada en el bautismo, no consiste tanto en el cumplimiento de unas normas o de unos preceptos, sino en la aceptación agradecida de un amor sin límites que nos ha sido dado

⁶ FRANCISCO, Discurso a los participantes en el Congreso internacional sobre la encíclica “*Deus Caritas est*” en su X Aniversario, (26-02-2016).

⁷ Cf. 1Jn 4, 10.

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

de forma inmerecida. La acogida de este amor tiene la capacidad de transformarnos interiormente para poder entregar nuestras vidas al Señor y a los hermanos. “Cualquier forma de amor, de solidaridad, de compartir, es sólo un reflejo de la caridad que es Dios. Él derrama incansablemente su caridad sobre nosotros y nosotros estamos llamados a ser testigos de ese amor en el mundo”⁸.

Para responder a este amor incondicional de Dios a cada ser humano, es preciso que antes nos hayamos sentido amados y conquistados por su amor en lo más profundo de nuestro corazón. La caridad cristiana, como respuesta al amor de Dios, no puede reducirse a la solidaridad, ni al amor generoso a los más pobres. La caridad, que tiene su origen en el amor de Dios, derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, ante todo consiste en amarle a Él y a nuestros semejantes con su mismo amor.

En un mundo como el nuestro, en el que prolifera el egoísmo y la competitividad, no resulta fácil descubrir el amor de Dios, ni amar desinteresadamente a los hermanos. Ante esta constatación, deberíamos preguntarnos si realmente conocemos a Dios y si hemos descubierto su amor. En ocasiones, sin darnos cuenta, podemos estar instalados en la cultura del bienestar, en el apego a los bienes materiales y en la búsqueda de la felicidad mediante la adoración del becerro de oro. Cuando esto sucede, resulta muy difícil centrar nuestro corazón, nuestros pensamientos y nuestros deseos en Dios. Nos cuesta dejarle ser el verdadero Dueño y Señor de nuestras vidas.

⁸ Ibid.

La búsqueda egoísta de los propios intereses puede afectarnos a todos en algún momento de la existencia, impidiéndonos levantar el corazón y la mente a las realidades sobrenaturales. La gracia divina, el testimonio de los santos y la alegría de tantos cristianos cercanos a nosotros tienen que ayudarnos a vencer esta tentación. Los santos nos dicen con su vida entregada que sólo podremos descubrir el amor de Dios, si dedicamos tiempo a conocer los sentimientos, criterios y comportamientos de Jesucristo, revelación del amor misericordioso del Padre. Este conocimiento del Señor no es nunca el resultado del esfuerzo humano, sino un regalo del Padre. Por eso, hemos de pedirlo confiadamente: “Nadie puede venir a mí, si el Padre no lo atrae” (Jn 6, 44).

Cuando crecemos en el conocimiento de Jesucristo, dejándonos guiar por la acción del Espíritu Santo, experimentamos siempre la necesidad del seguimiento y la urgencia de responder a su amor en el servicio a los hermanos. Quien descubre y acoge lo que Dios hace por él se siente empujado a despojarse de todo aquello que no es Dios y que le aleja de su amor. Como dice San Juan de la Cruz, “el amor es despojarse y desnudarse por Dios de todo lo que no es Dios”⁹.

2.2. Jesucristo, revelación del amor del Padre

Para algunos hermanos este amor de Dios es algo etéreo o inconcreto. Los evangelios, sin embargo, afirman que el amor de Dios ha sido revelado en las palabras y obras de Je-

⁹ S. JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo* 2,5.7.

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

sús. Él vino al mundo para mostrarnos el infinito amor del Padre y para enseñarnos que la ley fundamental de la perfección humana y, por tanto, de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor. A pesar de nuestros pecados, Dios envió y sigue enviando constantemente a su Hijo al mundo para que todos tengamos vida eterna por medio de Él (1Jn 4, 9).

Aunque las palabras y gestos de fidelidad, amor y misericordia de Dios con los miembros del pueblo elegido son elocuentes en las páginas del Antiguo Testamento, la humanidad, sin embargo, sólo podrá experimentar la hondura y la profundidad del amor divino a partir de la encarnación del Hijo de Dios y de su muerte en la cruz. En el misterio de la muerte y resurrección constatamos que el amor de Cristo es más fuerte que el mal del mundo y que el pecado de los hombres.

El mismo Jesús, desde el comienzo de su vida pública, tiene especial interés en mostrarnos su amor incondicional al Padre y en presentar las claves de su misión. Cuando ora con sus paisanos en la sinagoga de Nazaret, afirma que lo dicho por los profetas se cumple ahora en su persona y en su actuación: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva; me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y devolver la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor” (Lc 4, 18-20).

Con la aplicación a su persona de este anuncio del profeta Isaías, Jesús revela su identidad, muestra su firme deter-

minación de cumplir en todo momento la voluntad del Padre, manifiesta su amor incondicional a todos los hombres necesitados de salvación y expresa su predilección por los pobres y por los marginados de la sociedad.

Si partimos de estas enseñanzas, podemos decir que la evangelización de los pobres y la curación de las dolencias físicas y espirituales de los hombres son los signos que confirman la veracidad de sus palabras y clarifican la misión que viene a realizar de parte del Padre. Así se lo recuerda a los enviados del Bautista cuando le preguntan si es Él quien ha de venir o deben esperar a otro: “Id y decid a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Noticia” (Lc 7, 22).

Durante los años de su vida pública, Jesús se presenta como el Buen Samaritano que se acerca a todo hombre para ofrecerle el vino del consuelo, el perdón de los pecados y la curación de sus dolencias. Al final de sus días, “sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13, 1), hasta entregar la vida por ellos: “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15, 13).

En la aceptación libre y amorosa de su muerte en la cruz, Jesús nos ofrece la prueba del amor más grande al Padre y a los hombres. Para que los apóstoles y todos sus discípulos tuviésemos presente que el amor a los hermanos pasa siem-

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

pre por el servicio y la entrega de la vida, antes de padecer en la cruz se puso a lavar los pies a los discípulos y les dejó el mandamiento nuevo del amor: “Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros” (Jn 13, 34).

La acogida y la práctica de este amor será para siempre el signo que identifique a los discípulos de Jesucristo. A partir de su muerte y resurrección, las relaciones entre los seguidores del Maestro ya no podrán sustentarse en los gustos o deseos de cada uno, sino en la lógica del amor con el que somos amados por Él. En la contemplación del rostro de Cristo, los cristianos veremos brillar siempre el amor del Padre y descubriremos la respuesta amorosa y obediente del Hijo hasta la muerte. Al mismo tiempo podremos contemplar su amor incondicional hacia toda la humanidad.

2.3. El amor cristiano, don del Espíritu

San Pablo, después de su conversión, vive una profunda experiencia del amor de Dios, al descubrir que Jesucristo se entregó a la muerte de cruz por él y por todos los hombres. Como consecuencia de este descubrimiento, les dirá a los cristianos de la comunidad de Corinto que, aunque llegasen a hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles, aunque tuviesen una fe hasta mover montañas, si les falta el amor, todo lo anterior no les sirve de nada. Sería totalmente inútil a los ojos de Dios¹⁰.

¹⁰ Cf. 1Cor 13, 2.

El apóstol de los gentiles, que pone en el centro de su vida y de su quehacer evangelizador el amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, dejará constancia de que este amor no puede ser nunca fruto de los esfuerzos humanos. Sólo será posible amar como Dios nos ama, si nos abrimos a la acción del Espíritu y permitimos que sea Él quien ponga este amor en nuestros corazones y lo renueve constantemente.

En estas enseñanzas del apóstol Pablo podemos descubrir que el amor de Jesucristo no es sólo el modelo, al que hemos de referirnos siempre en la relación con los hermanos y desde el que hemos de examinar nuestra relación con ellos, sino la fuente de donde mana constantemente el verdadero amor. Éste, antes que un mandato, es un don de Dios, que puede germinar y crecer en nosotros a lo largo de la vida por la acción del Espíritu Santo. Cuando el amor de Dios echa raíces profundas en nosotros, entonces somos capaces de amar también a quienes no lo merecen. De Dios aprendemos siempre a querer el bien para los demás y nunca el mal.

Desde los primeros momentos de la predicación apostólica, el Espíritu Santo será el fuego ardiente que purifica el corazón de los cristianos y el viento huracanado que los empuja a salir al mundo para testimoniar el amor del Padre, que ha proyectado hacer de la humanidad una familia de hermanos desde toda la eternidad. El Espíritu Santo, al transformar y purificar interiormente el corazón de los creyentes para ponerlo en sintonía con los sentimientos del corazón de Cristo, los capacita para amar a los hermanos con el mismo amor con el que son amados por el Señor.

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

La profunda experiencia del amor de Jesucristo, vivida por San Pablo, no se quedará en bonitas teorías, sino que se manifestará en acciones concretas. Además de entregar su vida como testimonio de fidelidad a Jesucristo, San Pablo organizará una gran colecta en las comunidades fundadas por él para responder a las dificultades económicas de la Iglesia madre de Jerusalén. Con esta ayuda material quiere mostrar la comunión de bienes que debe existir entre los hijos de un mismo Padre.

Pablo tiene ante sus ojos la evidencia de que la comunidad cristiana de Jerusalén ha contribuido decisivamente a la extensión del Evangelio con sus dones espirituales. Ahora, desde una actitud de reciprocidad, los cristianos de sus comunidades deben compartir con los hermanos de Jerusalén los bienes materiales. De este modo podrán demostrarles su amor y podrán dar testimonio de su fidelidad a Jesucristo.

Cuando los cristianos mostramos el amor de Dios en la relación con los más necesitados, somos siempre un interrogante para quienes dicen no creer o viven alejados de la Iglesia. Es más, por medio del servicio amoroso de los creyentes a nuestros semejantes, Jesucristo mismo sigue saliendo al encuentro de los hombres y mujeres de todos los tiempos para invitarlos a la conversión y para moverlos interiormente a poner la confianza en Él como el Mesías de Dios. La participación de la vida eterna exigirá el seguimiento del Maestro y la permanencia en su amistad¹¹.

¹¹ Cf. Jn 20,30.

III. Respuesta de la Iglesia ante la revelación del amor de Dios

Una vez que hemos fijado la mente y el corazón en las enseñanzas de la Sagrada Escritura para descubrir la identidad de nuestro Dios, tendríamos que preguntarnos: ¿Cuál fue la respuesta de los primeros cristianos ante el testimonio y las enseñanzas de Jesús? Las primeras comunidades cristianas unen perfectamente la oración y la acción. Lo que escuchan y celebran en la oración y en la fracción del pan les impulsa a salir al encuentro de los hermanos para mostrarles el amor de Dios con sus comportamientos. La vida espiritual impregna todas sus actividades y las hace deseables.

Al contemplar la actuación de los primeros cristianos, el papa Francisco nos pide a todos los bautizados que no nos cerremos en nosotros mismos, sino que salgamos hacia las periferias humanas para hacer posible una Iglesia en salida misionera. Esta salida, sin embargo, no puede ser precipitada y “sin rumbo” pues los cristianos, además de detener el paso para levantar al hermano caído al borde del camino, no podemos prescindir del “pulmón de la oración”. Ni el

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

activismo incontrolado ni el espiritualismo desencarnado son soluciones adecuadas para la atención de los pobres, sino la síntesis entre oración y servicio.

3.1. Los apóstoles dan testimonio del amor de Dios

Los apóstoles, elegidos por Jesús de entre la gente sencilla y humilde del pueblo judío, son constante referencia para la Iglesia de todos los tiempos, tanto en la vivencia de la relación con Dios como en los comportamientos con sus semejantes. Ellos, una vez que escuchan la llamada del Maestro, le siguen, viven con Él, comparten su intimidad, experimentan su amor, quedan admirados de su especial relación con el Padre y constatan que hace realidad ese amor en el trato con las personas, especialmente con los pobres, lisiados, paralíticos, endemoniados y pecadores.

Cuando reciben la fuerza del Espíritu Santo el día de Pentecostés, los apóstoles reconocen que no pueden actuar por criterios humanos ni dejarse llevar por el miedo. El Espíritu, al recordarles lo que Jesús ha hecho y enseñado, les impulsa a ser y actuar de forma distinta a los demás, asumiendo que han sido elegidos para ser continuadores de la misma misión que su Maestro ha recibido del Padre: “Como el Padre me envió, así también os envió yo” (Jn 20, 21-22).

Conscientes de la importancia y de la grandeza del encargo recibido, los primeros discípulos pondrán en el centro de su predicación el amor del Padre, manifestado en la vida de Jesús y concretado especialmente en su muerte y resu-

rrección. La predicación del Evangelio y los signos de curación que realizan, movidos por el Espíritu Santo, prolongan la obra de Jesús, manifiestan la llegada del Reino e invitan a sus oyentes a creer en Él y a responder con radicalidad a su amor.

De este modo, la Iglesia, desde los primeros momentos, descubre que no es posible separar el amor a Dios del amor a los hermanos y toma conciencia de que el amor a los hermanos forma parte constitutiva de su misión. La vivencia del amor en las relaciones con los hermanos no puede ser una opción secundaria, como si fuese algo añadido a la celebración litúrgica o al anuncio del Evangelio.

Al contrario, se trata de un aspecto de la misión de la Iglesia que afecta constitutivamente a su identidad y que ha de orientar las relaciones con cada ser humano. Apoyándose en esta experiencia apostólica, el papa Benedicto XVI dirá que “para la Iglesia la caridad no es un puro acto asistencial, que otros podrían hacer, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su esencia”¹².

3.2. La opción preferencial por los pobres

En los comportamientos y enseñanzas de Jesús, los apóstoles y los primeros cristianos descubren también que el amor no tiene límites. Es un amor universal. Se ofrece a todos sin distinción, aunque los marginados por la sociedad

¹² BENEDICTO XVI, Encíclica *Deus caritas est*, (2005), (DCE), n. 25.

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

experimentarán de un modo especial en sus vidas la ternura y los cuidados del Señor.

Si el Antiguo Testamento ya recordaba que Dios sale en defensa del pobre, del huérfano y de la viuda, al contemplar las injusticias y el despotismo de los ricos y poderosos hacia ellos, en la actuación de Jesús constatan que Él encarna en su actividad evangelizadora el amor misericordioso del Padre celestial a todos los hombres y la opción preferente por los marginados y excluidos de la sociedad.

San Juan Pablo II, apoyándose en estas enseñanzas evangélicas, nos decía a todos los cristianos: “Nadie puede ser excluido de nuestro amor. En la persona de los pobres hay una presencia muy especial del Señor, que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos”¹³. El papa Francisco afirma que ninguna comunidad cristiana puede desentenderse de los pobres: “Cualquier comunidad de la Iglesia, en la medida en que pretenda subsistir tranquila sin ocuparse creativamente y cooperar con eficacia para que los pobres vivan con dignidad y para incluir a todos, también correrá el riesgo de la disolución, aunque hable de temas sociales o critique a los gobiernos”¹⁴.

Esta preocupación de la comunidad cristiana por los pobres viene exigida no sólo porque ellos necesiten nuestra ayuda, sino porque todos hemos de aprender de su dura experiencia vital. En el discurso a los jóvenes de todo el mundo

¹³ S. JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, (2001), (NMI), n. 49.

¹⁴ FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, (2013), (EG), n. 207.

con ocasión de la celebración de la Jornada Mundial de la Juventud en Cracovia, el Papa les decía: “¡Tenemos tanto que aprender de la sabiduría de los pobres!... En cierto sentido los pobres son para nosotros como maestros. Nos enseñan que una persona no es valiosa por lo que posee, por lo que tiene en su cuenta de banco, sino por lo que es. Un pobre, una persona que no tiene bienes materiales, mantiene siempre su dignidad. Los pobres nos enseñan mucho, también sobre la humildad y la confianza en Dios”¹⁵.

3.3. La credibilidad de la Iglesia reside en la vivencia del amor

Si damos un paso más, constatamos que los primeros cristianos vivían lo que celebraban. El libro de los Hechos nos dice que los creyentes, impulsados por la acción del Espíritu, se saben miembros de una comunidad religiosa especial. Además de acudir a la oración del templo, se reúnen también en las casas para escuchar la enseñanza de los apóstoles, para la oración en común y para la fracción del pan.

La experiencia del amor de Dios, contemplado en la Palabra y celebrado en la fracción del pan, tendrá su concreción en la convivencia diaria y en la relación con los hermanos. La comunión con el amor de Dios, manifestado en Jesucristo, produce en los creyentes intensa alegría, transforma su corazón y les impulsa a compartir los bienes con los hermanos necesitados. En algún caso, los creyentes llegan a vender sus

¹⁵ FRANCISCO, *Mensaje para la XXIX Jornada Mundial de la Juventud*, (2014).

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

posesiones y a repartir los bienes con los pobres, según las necesidades de cada uno¹⁶. Estos testimonios provocan la admiración de los paganos y hacen posible que muchos se incorporen a la comunidad cristiana por la fe en Jesucristo resucitado y por la participación en el bautismo¹⁷.

Teniendo como referente estos testimonios de la Sagrada Escritura, deberíamos reflexionar sobre la actividad caritativa de nuestras comunidades cristianas para comprobar si realmente son lo que Dios quiere de ellas o, por el contrario, se limitan a cumplir con unas exigencias que plantea la realidad social. La acogida del amor misericordioso del Padre tiene que movernos a practicarlo con todos, también con quienes no son nuestros amigos. El amor como respuesta a quienes nos aman no tiene mérito pues también lo practican los paganos.

En ocasiones, algunos bautizados piensan sólo en el amor hacia los que viven lejos o carecen de bienes materiales, olvidando a los de cerca, a quienes comparten con ellos la vida y el trabajo de cada día. Hoy no resulta difícil encontrar familiares, amigos o compañeros de trabajo que, aunque no lo expresen con palabras, están solicitando nuestra ayuda y nuestra colaboración para afrontar sus problemas. Muchos necesitan ser escuchados, valorados y ser vistos como iguales.

Esto nos obliga a ser humildes y a caminar en la verdad, contemplando siempre nuestras pobreza. No podemos caer

¹⁶ Cf. Hch 4, 32-35.

¹⁷ Cf. Hch 5, 12-16.

en la tentación de pensar que nosotros somos ricos porque no carecemos de bienes materiales y, por lo tanto, ya no necesitamos la ayuda de nuestros semejantes. En la vivencia de la caridad hemos de ser muy conscientes de que, además de la pobreza material, existen otras pobrezas que nos afectan a todos y que, cuando las reconocemos, nos impiden considerarnos superiores a los demás.

Si no reconocemos nuestras pobrezas, podemos llegar a considerar a los demás como meros objetos a nuestro servicio. Incluso podemos prescindir del mismo Dios y de su amor misericordioso, pretendiendo ocupar el lugar que sólo a Él le pertenece. Todos somos pobres y sólo podremos remediar nuestras pobrezas y crecer como personas, si acogemos la ayuda de Dios y la colaboración de los hermanos. De este modo, vamos tomando conciencia de que el amor verdadero no consiste sólo en dar sino también en recibir, no consiste sólo en dar cosas sino en darse uno mismo.

3.4. El futuro de la existencia humana se juega en la relación con los pobres

Otro aspecto que resalta con fuerza en los comportamientos de las primeras comunidades cristianas es la convicción de la presencia del Señor en los pobres. En la contemplación de los gestos del Maestro con ellos, los apóstoles descubren que todo lo que hagan o dejen de hacer en la relación con sus semejantes, especialmente con los más débiles e indefensos, Él lo considera como hecho a sí mismo. Es más, asumen que su futuro, la participación en la vida eterna o el

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

alejamiento definitivo de la misma, depende de su cercanía y atención a los más pequeños y humildes.

El último encuentro con Jesucristo estará condicionado por la relación con aquellos hermanos más pequeños durante la peregrinación por este mundo: “Venid, benditos de mí Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber...Apartaos de mí, malditos, porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber...Cada vez que lo hicisteis o dejasteis de hacerlo con uno de estos más pequeños, a mí me lo hacíais” (Mt 25, 31-45).

Santa Teresa de Calcuta, al contemplar las variadas formas de pobreza de los hombres y mujeres con los que se relacionaba cada día, solía decir a sus hermanas: “No estoy completamente segura de cómo será el cielo, pero sí sé que cuando muramos y llegue la hora de que Dios nos juzgue, Él no preguntará: ¿Cuántas cosas buenas has hecho en tu vida?. Más bien preguntará: ¿Cuánto Amor pusiste en lo que hiciste?”. Y añadía: “Al final de nuestras vidas no seremos juzgados por cuántos diplomas hemos recibido, cuánto dinero hemos conseguido o cuántas cosas grandes hemos hecho. Seremos juzgados por “Yo tuve hambre y me diste de comer. Estuve desnudo y me vestiste. No tenía casa y me diste posada”.

Estas enseñanzas evangélicas y el testimonio de tantos santos que compartieron su vida y sus bienes con los pobres nos invitan a estar muy cerca de ellos, no sólo de los que

acuden a nuestras parroquias, sino de quienes, por razones diversas, no se atreven a hacerlo. La parábola del buen samaritano es una invitación a salir hacia quienes malviven tendidos al borde del camino y hacia aquellos que necesitan nuestra ayuda.

Esto nos indica que la actividad caritativa supera los límites de la Iglesia y, por tanto, exige una constante conversión hacia los pobres, en los que nos espera y se hace presente el mismo Cristo. Los cristianos somos enviados al mundo por el Señor para amar a nuestros semejantes, no porque sean mejores que nosotros ni porque sean creyentes, sino porque nosotros creemos en Jesucristo y en su amor. Esto nos obliga a contemplar el ejemplo del buen samaritano para concretarlo en la vida diaria.

3.5. La organización de la caridad

Cuando la Iglesia comienza a extenderse por el mundo, cumpliendo el mandato misionero del Señor, los apóstoles consideran que no pueden prestar la debida atención a las personas más necesitadas de la comunidad, pues ellos deben dedicarse fundamentalmente a la oración y a la predicación de la Buena Noticia¹⁸.

Esto les obliga a buscar soluciones novedosas para salir al encuentro de los pobres, especialmente de los huérfanos y las viudas, para remediar sus necesidades. Si ellos han de concentrar su tiempo y sus esfuerzos en la predicación y la

¹⁸ Cf. Hch 2,42.

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

oración, deben recorrer nuevos caminos para que la actividad caritativa de la comunidad cristiana tenga una organización adecuada y para que los bienes lleguen a los necesitados sin que se produzcan abusos o corruptelas.

La solución adoptada por los apóstoles para resolver el problema planteado pasa por la elección de siete varones, -comienzo del ministerio diaconal-, llenos de “Espíritu y sabiduría”, para que coordinen el servicio de la caridad¹⁹. La connotación espiritual y la preparación de estos siete varones ponen al descubierto que los diáconos, además de prestar un servicio técnico ordenado de la caridad, han de realizar también un verdadero servicio espiritual, mostrando la unidad entre la fe y las obras.

“Con la formación de este grupo de los Siete, la *diaconía* -el servicio del amor al prójimo ejercido comunitariamente y de modo orgánico- quedaba ya instaurada en la estructura fundamental de la Iglesia misma”²⁰. Esta reflexión de Benedicto XVI nos indica que el servicio a los pobres, con una visión espiritual y con una implicación de la comunidad cristiana para responder a las necesidades de los pobres en cada momento de la historia, es preciso organizarlo adecuadamente: “En consecuencia el amor necesita también una organización, como presupuesto para un servicio caritativo ordenado”²¹.

Ahora bien, este servicio no hemos de entenderlo como una misión más entre las distintas misiones, complementa-

¹⁹ Cf. Hch 6, 1-7.

²⁰ DCE, n.21.

²¹ Ibid, n.20.

rias entre sí, que la Iglesia tiene que cumplir. Es “la misión primordial, permanente, general e irrenunciable”²². Es más, esta misión es la que debe marcar y configurar a la Iglesia en toda su estructura, costumbres y organización. La “diaconía” para el servicio ordenado de la caridad se mantiene viva, con el paso del tiempo, en la organización caritativa en los monasterios (s. IV), en los centros sanitarios creados por la Iglesia, en las Órdenes religiosas especialmente dedicadas a la actividad caritativa, en las cofradías y en la mayor parte de las instituciones eclesiales²³.

Como conclusión de lo expuesto hasta aquí, parece evidente que “la Iglesia nunca puede sentirse dispensada del ejercicio de la caridad como actividad organizada de los creyentes”²⁴. Una comunidad cristiana no es auténtica si no visibiliza el ejercicio organizado de la caridad, pues la Iglesia es sacramento del amor de Dios.

Esto quiere decir que, a la responsabilidad de cada cristiano en el ejercicio de la caridad, debe añadirse la programación de la misma y la colaboración necesaria con otras instituciones, sin perder nunca la propia identidad²⁵. Esta coordinación interna y externa de la caridad hay que impulsarla constantemente, no sólo por razones de eficacia, sino como expresión de comunión eclesial y como medio eficaz de evangelización. De este modo la actividad caritativa podrá ser ex-

²² CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL SOCIAL, *La Iglesia y los pobres* (1994), Documento de reflexión, n. 25.

²³ CEE, Instrucción Pastoral, *Iglesia, servidora de los pobres*, (2015), n. 33.

²⁴ DCE, n. 29.

²⁵ *Ibid*, n. 30.

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

presión del amor preferencial por los pobres y manifestación del rostro samaritano de la Iglesia.

En nuestros días, los responsables de Caritas diocesana y de las Caritas arciprestales y parroquiales son las responsables de la organización de la actividad caritativa. Por lo tanto, no hemos de ver nunca a Caritas como el brazo largo de la Iglesia que, por concesión eclesiástica, se dedica a practicar la caridad. Caritas es la misma Iglesia en el ejercicio del amor a Dios y en el servicio a los pobres. Por ello, la primera misión de Caritas consiste en crear conciencia en todas las comunidades cristianas de la necesidad de amar a los más necesitados.

Esta concepción del ser y de la misión de Caritas nos exige desterrar de nuestras manifestaciones públicas el dicho de que Caritas es la ONG de la Iglesia católica para la atención de los necesitados. Caritas no es ninguna ONG, sino la comunidad cristiana y, por tanto, cada cristiano viviendo y haciendo realidad el amor de Dios en las relaciones con sus semejantes, con los católicos, con los que pertenecen a otras religiones y con los que dicen no creer en nada.

IV. Aspectos de la actividad caritativa a los que deberíamos prestar especial atención en los próximos años

El testimonio de las primeras comunidades cristianas y las enseñanzas de los últimos Papas nos permiten descubrir algunos aspectos de la dimensión social de la evangelización y de la actividad caritativa a los que deberíamos prestar especial atención durante los próximos años.

El último Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española, en su segundo capítulo “Iglesia en Misión al Servicio de nuestro pueblo”, nos orienta también en esta misma dirección. Cuando propone “La diaconía o servicio de la caridad”, afirma que es urgente reavivar en la Iglesia el mandamiento del amor y, entre las acciones a realizar, anima a “renovar en nosotros y en todas las comunidades cristianas el ejercicio de la caridad como mano tendida de la Iglesia a las necesidades, sufrimientos y esperanzas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, especialmente de los más pobres, material, espiritual y moralmente: enfermos, ancianos, sordos, los privados de libertad, los excluidos, etc...”²⁶.

²⁶ Ibid, n. 30.

4.1. Sin la vivencia de la caridad no puede haber evangelización

Los últimos Papas nos han invitado a todos los cristianos a emprender una nueva evangelización con nuevo ardor, con nuevos métodos y con nuevas expresiones o a impulsar una nueva etapa evangelizadora. Esta misión de mostrar con obras y palabras a todos los hombres el amor de Dios es una responsabilidad de todos los bautizados: “El amor al prójimo, enraizado en el amor a Dios, es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial...También la Iglesia, en cuanto comunidad, ha de poner en práctica el amor”²⁷.

La vivencia del amor misericordioso de Dios no puede ser algo optativo u opcional en la vida espiritual de un cristiano ni en la misión evangelizadora de la Iglesia. En todos los momentos de la vida hemos de mostrar a nuestros semejantes que Dios no es insensible ante el sufrimiento humano, sino que camina con cada uno para compartir penas y alegrías, esperanzas y fatigas.

Los Obispos españoles, al reflexionar sobre la misión de la Iglesia, recordábamos hace años que el amor a los marginados es responsabilidad de todos y en todo momento: “Ese testimonio de la misericordia de Dios debe manifestarse en toda su misión, y no en un pequeño grupo de personas, ni a ciertas horas en un despacho asistencial, ni predicando una vez al año el día de la Caridad o el de Manos Unidas, etc...,

²⁷ DCE, n. 20.

como si fuese una modesta parcela entre las muchas actividades de la vida eclesial y pastoral. No. En modo alguno. Mientras no tengamos una conciencia más honda y más concreta de que la misericordia hacia los pobres es la gran misión de todos y siempre, bien podríamos decir que la Iglesia y los cristianos no tenemos conciencia, y somos infieles a la misión que el Señor con tanto empeño nos encomendó”²⁸.

En el impulso y dinamización de la evangelización, los cristianos no podemos disociar el testimonio de la caridad del anuncio del Evangelio ni de la celebración litúrgica. Son tres tareas que se implican mutuamente y que no pueden separarse unas de otras: “La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios *kerygma-martyria*, celebración de los sacramentos *leiturgia* y servicio de la caridad *diakonia*”²⁹.

Un cristiano no puede celebrar el amor de Dios en la Eucaristía y recibirlo en la comunión sin mostrarlo después en las relaciones con los hermanos. Tampoco sería admisible el anuncio del amor de Dios a los demás, si no se concreta en el testimonio de las obras. Estas enseñanzas nos obligan a preguntarnos: ¿Estaremos multiplicando las acciones culturales en la evangelización y relegando la actividad caritativa a un segundo plano? ¿Estamos convencidos de que no tiene sentido celebrar el amor de Dios en la liturgia sin concretarlo después en la relación con los hermanos? ¿Además de ofrecer ayuda económica para los necesitados, los acoge-

²⁸ CEE, *La Iglesia y los pobres*, n. 15.

²⁹ DCE, n. 25.

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

mos y acompañamos de acuerdo con el estilo de vida de Jesús?

En el futuro y, teniendo en cuenta la indiferencia religiosa de muchos bautizados y la progresiva secularización de la sociedad, deberíamos tener muy presente el contenido social del Evangelio. Si no lo hacemos, corremos el riesgo de desfigurar el auténtico sentido de la evangelización y de olvidar la verdadera orientación de la actividad caritativa, reduciéndola a gestos esporádicos o aislados para tranquilizar nuestra conciencia. El amor de Dios, acogido y celebrado en la liturgia, hemos de plasmarlo en la relación con los necesitados pues, aunque el anuncio del Evangelio es la primera caridad, este anuncio “corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de las palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día”³⁰.

4.2. El conocimiento y seguimiento de Jesucristo, fundamento de la caridad

Si en el apartado anterior indicaba que sin la vivencia de la caridad no puede haber verdadera evangelización, en éste intentaré mostrar que sin el conocimiento y la acogida del amor de Dios no puede existir verdadera caridad. Para ayudarnos en la reflexión, escuchemos las palabras de Benedicto XVI, al comienzo del Sínodo sobre “la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana”. Decía el Papa: “Es importante saber que la primera palabra, la iniciativa verdadera, la actividad verdadera viene de Dios y sólo si entramos en esta

³⁰ NMI, n. 50.

MONS. ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

iniciativa divina, sólo si imploramos esta iniciativa divina, podremos también ser –con Él y en Él- evangelizadores”³¹.

Para afrontar cualquier actividad pastoral y para analizar lo que deberíamos hacer en favor de los demás, hemos de comenzar por implorar la luz de Dios, pues sin la contemplación y acogida cordial del amor de Dios no puede haber caridad. La convicción de que el amor de Dios y su gracia son anteriores a cualquier proyecto personal o comunitario suscita en nosotros el amor como respuesta. Si nos fijamos en el Evangelio, los discípulos de Jesucristo, antes de practicar la caridad, quedan fascinados por el encuentro con el Maestro y por el amor que experimentan en la relación con Él.

Sólo si nos dejamos tocar y transformar por el amor de Dios hacia nosotros en la vida sacramental, en la oración, en el trabajo y en las relaciones sociales, podremos verlo todo como manifestación de ese amor. Esto nos exige avanzar con decisión en el camino de la conversión personal y comunitaria a Dios. El cambio de criterios, de sentimientos y de comportamientos, como respuesta a la invitación del Señor, lleva consigo el abandono de una existencia dominada por los intereses y los usos de este mundo y la puesta en práctica de una vida nueva, centrada en el amor de Dios y en el cumplimiento de su voluntad, contando siempre con la gracia divina.

Para tomar en serio la llamada a la conversión personal y comunitaria a Jesucristo, a los pobres y a la acción pastoral,

³¹ BENEDICTO XVI, Meditación en la I Congregación General Ordinaria de la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, (2012).

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

deberíamos tener siempre muy presente que una Iglesia de cristianos no convertidos o que no tienen el propósito firme de progresar en la conversión a Dios y a los hermanos, “es una Iglesia hueca, una Iglesia ficticia, una apariencia de Iglesia”³².

El impulso de una pastoral en “salida misionera” no será posible sin promover una pastoral de la conversión, que ayude a centrar la vida humana y cristiana en Dios y en sus enseñanzas. Si no se produce una sincera conversión, será imposible suscitar en el corazón humano el compromiso por la justicia y el amor preferencial por los más pobres. Solamente los cristianos verdaderamente convertidos estarán en condiciones de mostrar a todos el rostro de una Iglesia, que es madre y se compadece ante el sufrimiento de esa “multitud ingente de hombres y mujeres, niños, adultos y ancianos, en una palabra, de personas humanas concretas e irrepetibles, que sufren el peso intolerable de la miseria”³³.

Para responder a este reto de la conversión al amor misericordioso de Dios, el Santo Padre nos invita a meditar y a poner en práctica las obras de misericordia. La contemplación de las obras de misericordia, además de ayudarnos a despertar nuestra conciencia aletargada ante el drama de la pobreza, nos permitirá también entrar con más decisión en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina³⁴.

³² FERNANDO SEBASTIÁN AGUILAR, *Evangelizar*, Madrid, Ed. Encuentro, (2010), p. 69.

³³ PABLO VI, Exhortación Apostólica, *Evangelii Nuntiandi*, (1975), n. 30.

³⁴ MV, n. 15.

4.3. La persona y su dignidad en el centro de la acción caritativa

La verdadera conversión a Jesucristo nos conduce a la contemplación de su presencia en cada ser humano y, por tanto, al descubrimiento de su dignidad. San Juan Pablo II, en clave de nueva evangelización, decía que una de las principales tareas de la Iglesia consistía en el descubrimiento de la dignidad de la persona: “Redescubrir y hacer redescubrir la dignidad inviolable de cada persona humana constituye una tarea esencial; es más, en cierto sentido es la tarea central y unificadora del servicio que la Iglesia, y en ella los fieles laicos, están llamados a prestar a la familia humana. Entre todas las criaturas de la tierra, sólo el hombre es “persona”, sujeto consciente y libre, precisamente por eso “centro y vértice” de todo lo que existe sobre la tierra”³⁵.

Si todos los hombres hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, tendríamos que poner los medios para vivir como auténticos hermanos. En la experiencia de la fraternidad entre todos los hijos de un mismo Padre radica el sentido más profundo de la dignidad de la persona. Por eso, cada ser humano es irrepetible, es un fin en sí mismo y no puede ser tratado como una cosa. Cuando el ser humano se sabe amado por Dios, descubre toda su dignidad y aprende a salir al encuentro de sus hermanos, creando una red fraterna y solidaria de relaciones humanas.

³⁵ S. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, (1988), n. 37.

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

Aunque muchos hermanos carezcan de medios materiales o no hayan podido desarrollar los talentos recibidos del Creador a lo largo de la vida, tienen la misma dignidad que cualquier otra persona y, por tanto, las relaciones con ellos han de ser de igual a igual. La hermosura y la belleza del ser humano provienen del hecho de haber sido creado a imagen y semejanza de Dios y de estar habitado por Él. Por eso, quien descubre su propia dignidad contempla extasiado la dignidad de los demás.

En bastantes ocasiones, los comportamientos injustos entre los seres humanos nacen de la ignorancia o del desprecio de la propia dignidad. Por ello, la persona que no reconoce la propia dignidad está incapacitada para reconocerla en los demás. Conocer, valorar y respetar la dignidad del otro, exige descubrirla en uno mismo.

En nuestros días, la experiencia nos dice que los derechos humanos siguen presentes en las declaraciones de la mayor parte de las naciones. Sin embargo, aunque estén impresos en el papel, con frecuencia son atacados, olvidados y despreciados. La crisis económica y financiera está siendo utilizada en bastantes países como coartada política para liquidar derechos económicos, sociales y culturales.

Las personas que sufren esta situación de marginación, al experimentar que su dignidad y sus derechos fundamentales son conculcados y despreciados, necesitan y esperan reconocimiento y acompañamiento humano personalizado. El papa Francisco nos dirá al respecto: “Abramos nuestros ojos

para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar sus grito de auxilio. Que nuestras manos estrechen sus manos, y acerquemoslos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y de la fraternidad”³⁶.

La Iglesia es experta en el acompañamiento de quienes experimentan falta de respeto a su dignidad pues tiene la experiencia de haberlo hecho a lo largo de los siglos. Teniendo en cuenta esta experiencia de tantos cristianos, podríamos preguntarnos: ¿Realizamos un seguimiento y acompañamiento especial a las personas que son maltratadas o que no son respetadas en su dignidad? ¿Sentimos la necesidad de formarnos en el “arte del acompañamiento” para contemplar, conmovirse y detenerse ante el otro cuantas veces sea necesario?³⁷.

Para responder a estas preguntas y proyectar el acompañamiento a cada persona, pueden ofrecernos luz las enseñanzas del papa Francisco: “Sólo a partir de la escucha respetuosa y compasiva se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento, despertar el deseo del ideal cristiano, las ansias de responder plenamente al amor de Dios y el anhelo de desarrollar lo mejor que Dios ha sembrado en la propia vida”³⁸.

³⁶ EG, n. 15.

³⁷ Ibid, n. 169.

³⁸ Ibid, n. 171.

4.4. Promover la amistad con los pobres

Aunque la defensa de la dignidad de cada ser humano es fundamental para que nadie sea tratado como un objeto de consumo, en la actividad caritativa es preciso que demos un paso más y que lleguemos a establecer verdaderas relaciones de amistad con los marginados y oprimidos. El mundo nos propone el ideal de la belleza humana y el cuidado del cuerpo como algo que se ha de conquistar por todos los medios. En la búsqueda de este ideal, miles de personas no dudan en hacer importantes dispendios económicos. Con este planteamiento, quienes experimentan la limitación física o psíquica nunca podrán tener un reconocimiento o una valoración social adecuada.

Cuando nos ponemos a la escucha de Dios, descubrimos que la valoración de la persona es muy distinta. El ama con amor infinito a cada ser humano porque es su hijo, porque forma parte de su familia. “Hoy, cuando la persona es rechazada porque no rinde más, Dios al contrario, reconoce siempre en ella la dignidad y la nobleza de un hijo amado. El pobre es el preferido del Señor, está en el centro del Evangelio”³⁹.

Los cristianos no podemos marginar a nadie por sus apariencias externas ni por sus limitaciones físicas o psíquicas. Es más, estamos llamados a descubrir el rostro de Cristo, especialmente en las personas que más sufren o experimentan marginación. Por eso, en el compromiso social y en

³⁹ Francisco, *Audiencia General*, (15 de diciembre de 2014).

la acción caritativa, los pobres y marginados han de ser acogidos, valorados, acompañados y escuchados en sus propuestas.

Los necesitados no pueden ser mero objeto de nuestra caridad. Ellos son “vicarios de Cristo” y, por lo tanto, nuestra relación con ellos no debe limitarse a prestarles las ayudas que demandan para paliar sus necesidades. En el “acompañamiento pastoral” de los pobres y en el ejercicio de la caridad con ellos, ante todo hemos de realizar un auténtico ejercicio de fraternidad y de amistad.

Esto lleva consigo valorar a cada persona, como alguien que nos pertenece. Con su forma de ser, con su cultura, el pobre tiene cualidades y valores y, sobre todo, tiene la misma dignidad que cualquier otra persona. Por tanto, ha de ser amado, no porque sea mejor que nosotros desde el punto de vista moral o religioso, sino porque es pobre y vive en una situación inhumana, contraria al querer de Dios.

Como exigencia de la fraternidad evangélica, la relación con las personas ha de ser siempre horizontal, ofreciéndoles una acogida cordial y respetando su dignidad. Al mismo tiempo que valoramos y tenemos en cuenta sus necesidades, estamos invitados a descubrir sus “proyectos y sus propias potencialidades” para ayudarles a construir su propia vida⁴⁰. Los pobres necesitan ser queridos, pero también esperan que acojamos y valoremos su cariño. “Estamos llamados... a ser sus amigos y a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la

⁴⁰ EG, n. 236.

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

misericordiosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos”⁴¹.

Estas enseñanzas de la Doctrina Social de la Iglesia nos obligan a situarnos al pensar la actividad caritativa. No somos nosotros, seres inteligentes, poderosos y bien formados, los que acudimos en ayuda de los marginados, seres inferiores a nosotros. Independientemente de la raza, ideología o posición social, todos tenemos la misma dignidad y, como hijos de Dios, debemos custodiarnos como hermanos. Por tanto, no podemos socorrer desde arriba, pues esa actitud no es evangélica. Tiene que haber un intercambio de dones en el que cada uno ofrezca al otro lo que Dios le ha dado.

En teoría, sabemos que este es el camino, pero nos resulta costoso y siempre encontramos excusas para recorrerlo. ¿Conocemos a los pobres de nuestra parroquia? ¿Los visitamos para conocer sus necesidades? ¿Somos conscientes de que el verdadero amor exige entrega y sacrificio? ¿En la atención a los pobres estamos dispuestos a actuar contra corriente o nos dejamos conducir por los criterios del mundo? ¿Vivimos atentos a Dios y a las necesidades de los demás o centrados en nuestros intereses?

La respuesta a estos interrogantes nos ayudará a emprender nuevas acciones en la actividad caritativa, siendo creativos en la búsqueda de caminos para la inclusión de los pobres. Y, además, nos recordará que las prácticas religiosas y las celebraciones litúrgicas quedan vacías si no nos mueven

⁴¹ Ibid, n. 198.

a conocer a los pobres y a poner los medios para que vivan con dignidad.

4.5. Ejercer la denuncia profética

La misión de la Iglesia consiste en anunciar la Buena Noticia del amor y de la salvación de Dios a todos los hombres con audacia, valentía y esperanza. De un modo especial, la Iglesia ha de ofrecer esta Buena Noticia a quienes reciben malas noticias de la sociedad. Conscientes de esta misión, Caritas y las restantes organizaciones caritativas de la Iglesia procuran ofrecer cada día el Evangelio a quienes necesitan ayuda e intentan mostrarlo en la acogida cordial y en la escucha amorosa a cada persona.

En ocasiones, algunos miembros de estas organizaciones caritativas de la Iglesia experimentan profundo dolor al no poder ofrecer respuesta adecuada a todos los necesitados. La constatación de esta realidad no debe quitarnos la paz, pues sabemos muy bien que no está en nuestras manos la solución de todos los problemas. Por lo tanto, no debemos pensar en planificaciones imposibles, olvidándonos de hacer lo posible. Santa Teresa de Jesús nos diría que “no hagamos torres sin fundamento”⁴².

Al tiempo que damos gracias a Dios a tantos cristianos por los gestos de cercanía y de amor a los más necesitados, hemos de asumir también que una lectura teologal de la realidad social nos obliga a la denuncia. Las situaciones de injus-

⁴² STA. TERESA DE JESÚS, *Moradas* 7. 4, 15.

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

ticia, marginación y exclusión deben ser denunciadas y no podemos callar ante ellas, aunque nos critiquen, amenacen o presionen⁴³. El verdadero amor cristiano impulsa a denunciar las injusticias y a defender los derechos de los más vulnerables de la sociedad. Sin dejar de amar a cada persona, la Iglesia no puede permanecer muda ante tanto sufrimiento e injusticia. “No podemos volvernos cristianos almidonados, esos cristianos demasiado educados que hablan de cosas teológicas, mientras toman el té tranquilos”⁴⁴.

Los principios de la Doctrina Social de la Iglesia han de ayudarnos a dar respuesta a estos interrogantes: ¿Ejercemos con caridad la denuncia de las injusticias, teniendo en cuenta nuestras convicciones cristianas? ¿Al denunciar los comportamientos injustos con los demás, ofrecemos soluciones, diálogo y colaboración? ¿Hablamos de lo mal que están las cosas sin implicarnos en la solución de las mismas o aportamos nuestra colaboración para ayudar a resolverlas?

La respuesta a estas cuestiones nos recuerda que el ejercicio de la denuncia lleva consigo unos cambios profundos en nuestro estilo de vida y en nuestros comportamientos sociales, partiendo de la necesaria conversión a Dios y de la frecuente superación de nuestros egoísmos. Si nos fijamos, cuando el papa Francisco denuncia la exclusión social de millones de personas en el mundo, habla con valentía de la “economía que mata”, del afán consumista que nos hace egoístas e indiferentes ante el espectáculo de los excluidos, pero nun-

⁴³ Cf. EG, n. 74.

⁴⁴ FRANCISCO, Vigilia de Pentecostés con los movimientos eclesiales, (18 de mayo de 2013).

ca agrade a nadie con sus palabras. Es más, incluso pide perdón por si alguien se siente preocupado por sus planteamientos.

4.6. Prestar especial atención a las nuevas pobrezas

En los últimos años, como consecuencia de la crisis económica, Caritas y las restantes instituciones caritativas de la Iglesia se han volcado en la atención material a los más necesitados sin abandonar la formación de los desempleados, la atención a los inmigrantes y la colaboración con otras instituciones sociales para paliar la pobreza de los ancianos, de los niños y de las personas sin hogar.

Esta concentración de esfuerzos ha impedido en algunos casos dar respuestas adecuadas a las nuevas pobrezas que los últimos Papas han denunciado en distintas ocasiones. San Juan Pablo II ya constataba que el panorama de la pobreza podía extenderse indefinidamente, si a las antiguas añadíamos las nuevas pobrezas. Estas afectan con frecuencia a grupos sociales no carentes de recursos económicos, pero que están expuestos al sinsentido, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social.

Ante la contemplación de este panorama, invitaba a todos los cristianos a una “mayor creatividad” en el ejercicio de la caridad y a una “nueva imaginación” de la misma con el fin de lograr no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacernos cercanos y solidarios con quien su-

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

fre, para que éste perciba la ayuda no como una humillación sino como un compartir fraterno. Sin esta forma de evangelización llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del evangelio corre el riesgo de ser incomprendido⁴⁵.

El papa Francisco vuelve a recordarnos la urgencia de contemplar las nuevas pobrezas, presentando un elenco de las mismas que incluyen las que en su día presentó Juan Pablo II. Pero, además, el Santo Padre denuncia también la falta de respeto a la vida humana, la trata de personas y la urgencia de prestar una atención especial al cuidado y conservación de la naturaleza, la casa común de todos⁴⁶.

La Madre Teresa de Calcuta, desde su experiencia personal, nos pone también en el camino de las nuevas pobrezas y en la necesidad de cuidar a aquellos hermanos que no precisan sólo ayuda material: “La falta de amor, la sensación de estar desatendidos y ser rechazados es el mayor mal. Si alguien está hambriento y es pobre, es suficiente darle de comer, de beber, vestirlo y encontrarle un alojamiento para que vuelva a sentirse feliz y satisfecho, pero si alguien está solo y yo no le amo y no me ofrezco a mi misma, no le ayudo para nada”⁴⁷.

Los cristianos hemos de estar muy atentos a estas nuevas formas de pobreza y fragilidad, pues el Señor nos habla

⁴⁵ NMI, nn. 49-50.

⁴⁶ EG. nn. 210-212.

⁴⁷ STA. TERESA DE CALCUTA, *Biografía completa*, Madrid, Ed. Encuentro, (1997), pág. 178.

en el mismo grito de los excluidos. En quienes sufren estas pobreza, estamos llamados a reconocer a Cristo sufriente, aunque esto no nos reporte beneficios tangibles e inmediatos. Cada ser humano es siempre sagrado e inviolable en cualquier situación y en cada etapa de su desarrollo.

Pensando con perspectivas de futuro, hemos de preguntarnos: ¿Qué estamos haciendo para dar respuesta a las nuevas pobreza? ¿Reflexionamos sobre las mismas en la parroquia? ¿Será preciso convocar a nuevos voluntarios para atender adecuadamente a los nuevos pobres?

En la planificación de la actividad caritativa, además de poner los medios para prevenir cualquier tipo de pobreza, hemos de seguir ofreciendo ayuda material, vestido y alimentos a quienes lo precisan. Pero, además, hemos de repensar la actividad caritativa en nuestras comunidades parroquiales para que aquellos hermanos que sufren el flagelo de las nuevas pobreza encuentren el cariño y la cercanía de aquellos creyentes que estarían dispuestos a ofrecerles su tiempo.

Si no lo hacemos, corremos el riesgo de que la acción caritativa quede reducida al pequeño grupo de Caritas que, con la mejor voluntad, se limita a repartir alimentos y vestido. En estos casos los restantes miembros de la comunidad cristiana podrían no experimentar la urgencia de practicar la caridad y de acompañar a quienes necesitan amor, cariño, cercanía y comprensión.

4.7. Cuidar la pobreza espiritual

Entre las nuevas pobrezas del hombre de hoy, debemos prestar especial atención a la pobreza espiritual. En ocasiones, no tenemos suficientemente en cuenta que los marginados, como cualquier persona, necesitan formación humana, profesional y atención espiritual para descubrir nuevos horizontes y para encontrar respuestas a sus problemas personales y familiares.

El auténtico evangelizador y, por tanto, quienes colaboran en la actividad caritativa de la Iglesia, deben estar siempre dispuestos a salir al encuentro de todos los hombres y de todo el hombre para llevarles la alegría del Evangelio. Aunque algunos pretendan ocultar o disimular sus carencias espirituales, la experiencia nos dice que muchos hermanos muestran una apertura especial a la fe y necesitan a Dios para afrontar con esperanza las dificultades de la vida. La Iglesia no puede dejar de ofrecerles su amistad, sus bendiciones, su Palabra, la celebración de los Sacramentos y la propuesta de un camino de crecimiento y maduración en la fe⁴⁸.

El papa Francisco, además de constatar que la mayor pobreza y la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual, afirma también que “La opción preferencial por ellos debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria”⁴⁹. En este tema, la prudencia pastoral indicará cuando es necesario hablar y cuando callar o dejar que hablen sólo las obras.

⁴⁸ Cf. EG, n. 200.

⁴⁹ Ibid.

Santa Teresa de Calcuta, al referirse a la pobreza en Europa, afirma que ésta es distinta a la de otros continentes pues afecta a la vida espiritual de las personas: “La pobreza en Occidente es de clase distinta; no se trata sólo de un problema de soledad, sino también de espiritualidad. Hay hambre de amor y también hambre de Dios”⁵⁰.

A la hora de pensar en la atención humana y espiritual a los pobres, quiero dejar constancia del servicio impagable de los sacerdotes, religiosos y cristianos laicos que trabajan pastoralmente en las zonas rurales de la diócesis. Además de agradecerles su capacidad de escucha a quienes viven solos o sufren alguna enfermedad, quiero animarlos a seguir cuidando la piedad popular, pues “sigue siendo una gran confesión de fe en el Dios vivo que actúa en la historia y un canal de transmisión de la fe”⁵¹.

Estas enseñanzas del Papa que nos invitan a ofrecer una mejor atención espiritual a los pobres, nos permiten hacer un análisis de la actuación de nuestras Caritas con relación al tema. ¿En la atención a los pobres nos limitamos únicamente a dar ropa y alimentos? ¿Qué lugar ocupa en la acción de Caritas la atención espiritual a los pobres? ¿Cuánto tiempo dedicamos a la formación espiritual de los responsables de la actividad caritativa para ayudarles a vivir como testigos del amor de Dios y como responsables de la atención espiritual y humana a los pobres?

⁵⁰ STA. TERESA DE CALCUTA, *Camino de sencillez*. Ed. Planeta, p. 103.

⁵¹ CELAM, *Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida*. Documento Conclusivo de la V Conferencia General, Aparecida, (2007), n. 264.

4.8. Pobres con los pobres

En algunos ambientes sociales se valora más a las personas por lo que tienen y por sus manifestaciones externas que por lo que son en realidad. Muchos ciudadanos consideran que la felicidad se consigue por medio del prestigio social, del aplauso y del reconocimiento que los demás tengan de ellos. Para quienes piensan así, los pobres no cuentan y la vida se organiza sin tenerlos en consideración.

Esta programación de la existencia al margen de los pobres puede darse tanto entre los que viven alejados de Dios como entre quienes nos confesamos seguidores de Jesucristo. Ante esta posibilidad, hemos de mantener la mirada fija en el Señor para no perder nunca de vista que Él llevó a cabo su misión desde la mayor pobreza. Por eso, sus discípulos deben recorrer el mismo camino.

Aunque los cristianos recibimos el encargo del Señor de estar cerca de los pobres, de los enfermos y marginados para aliviar sus necesidades, sabemos muy bien que esto no será posible si no nos hacemos “del bando de los pobres”⁵². Para los santos, como para Jesús, los pobres son siempre más importantes que los ricos. Conscientes de que Jesús eligió el bando de los pobres, los suyos no pueden elegir el bando de los ricos. Jesús se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza y para hacernos partícipes de su misma vida, que es la mayor riqueza que el ser humano puede esperar⁵³.

⁵² S. JUAN DE ÁVILA, *Obras completas III*, Ed. BAC, Madrid (2002), p. 43.

⁵³ Cf. 1 Cor 8, 9.

Esto quiere decir que quien se hace del “bando de los pobres” ha de asumir el compromiso de trabajar por la transformación de la realidad para que todos los hombres puedan desarrollar su vocación humana y divina, para que nadie carezca de lo necesario para vivir como persona libre y responsable. Cuando esto no sucede, corremos el riesgo de mostrar el rostro de una Iglesia que no es verdadero hogar para todos e incluso podemos humillar a los necesitados con la limosna que les ofrecemos.

El verdadero amor busca siempre los medios adecuados para que todos puedan pasar de condiciones menos humanas a condiciones humanas. El Concilio Vaticano II ya nos decía que: “El mensaje cristiano no aparta a los hombres de la tarea de la construcción del mundo, ni les impulsa a despreocuparse del bien de sus semejantes, sino que les obliga más a llevar a cabo esto como un deber”.

Con la finalidad de no cerrar los ojos ante las necesidades de los hermanos y buscar su bien, es preciso que pidamos al Señor que nos ayude a practicar la virtud de la humildad asumiendo con paz las carencias y miserias personales. La aceptación de las mismas nos permitirá superar el individualismo y valorar a las personas con las que vivimos o trabajamos para ofrecerles la ayuda que necesitan y esperan.

La Santa de Calcuta resalta en sus escritos que la cercanía y el contacto con los pobres nos ayuda a ser humildes, a valorar sus riquezas y a reconocer nuestras pobreza. “Los pobres pueden ser gente maravillosa. Al acercarnos a ellos, a

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

menudo son ellos los que nos enseñan a nosotros. A veces nos dejan con nuestra propia pobreza, con nuestras limitaciones y defectos, para ayudarnos a ser humildes”⁵⁴.

Al examinar nuestra relación con Dios y nuestro comportamiento con los necesitados, podemos preguntarnos: ¿El seguimiento de Jesucristo nos ayuda a introducir a los pobres en nuestras relaciones con Él, a caminar con ellos y a ser de ellos? ¿Llevamos una vida austera? ¿Estamos convencidos de que la verdadera caridad, antes de dar cosas a los demás, nos pide que nos demos nosotros mismos?

La experiencia de Dios no puede suceder al margen de los pobres porque Dios quiere la vida del ser humano y la pobreza lo condena a la marginación social y a una muerte injusta. La vida en Cristo nos exige buscar tiempo para escuchar y acompañar a quien necesita nuestra comprensión y ayuda. Para avanzar con decisión en esta dirección, además de la buena voluntad y del esfuerzo personal, se precisa la ayuda de la gracia divina y el reconocimiento de nuestras limitaciones. El reconocimiento de nuestras cualidades y flaquezas nos predispone para acoger a Dios y a los demás ofreciéndoles la ayuda que necesitan sin pretender dominarlos.

4.9. De la exclusión a la inclusión social de los pobres

En la actualidad descubrimos con dolor que muchas personas, como consecuencia de la falta de trabajo, del egoísmo de unos pocos y de la adoración del dios dinero, no sólo

⁵⁴ STA. TERESA DE CALCUTA, *Camino de Sencillez*, Ed. Planeta, p. 208.

son marginadas por la sociedad, sino excluidas y expulsadas de la misma. La constatación de esta realidad nos obliga a no mirar para otro lado ni a dejarnos arrastrar por la indiferencia.

La Iglesia reconoce que la organización de la justicia en el mundo corresponde a los estados, pero también sabe que los cristianos, en virtud de la vocación bautismal, tenemos la obligación de colaborar a la implantación de la justicia en el mundo, teniendo presente que el ser humano, además de justicia, necesita amor. Todos los cristianos, también los pastores, tenemos que preocuparnos por la consecución de un mundo mejor, pues todos somos hermanos y la tierra es nuestra casa común⁵⁵.

Si tenemos en cuenta la realidad de la exclusión de muchos hermanos, no podemos limitarnos solamente a la acogida y al acompañamiento en la planificación de la actividad caritativa. Además de acoger con afecto fraterno a quien solicita nuestra ayuda, hemos de poner los medios necesarios para la prevención de la pobreza y para la inclusión social de quienes han sido excluidos de la sociedad. “Mientras no se resuelvan radicalmente los problemas de los pobres, renunciando a la autonomía absoluta de los mercados y de la especulación financiera y atacando las causas estructurales de la inequidad no se resolverán los problemas del mundo”⁵⁶.

Los cristianos, para dar pasos en esta dirección, debe-

⁵⁵ Cf. EG, n. 183.

⁵⁶ Ibid, n. 202.

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

mos dejarnos afectar por el sufrimiento de nuestros semejantes y e implicarnos en la lucha contra “las causas estructurales de la pobreza”. Caritas y otras organizaciones caritativas de la Iglesia son conscientes del problema de la exclusión de muchas personas y están poniendo medios para su inclusión, ofreciéndoles formación y acompañamiento personalizado para que descubran sus capacidades y para que se integren nuevamente en la sociedad. La colaboración con Caritas en estos proyectos nos exige conocer los pasos que se han dado durante los últimos años para la integración de los marginados por la sociedad.

Ahora bien, puesto que la Iglesia y sus organizaciones caritativas no tienen suficientes medios para afrontar las causas estructurales de la pobreza, en el futuro será preciso impulsar el diálogo ecuménico y con otras religiones para hacer posible la defensa de la vida y de la dignidad de cada ser humano. Además, también será necesario mantener un diálogo fluido con las organizaciones sociales y políticas, con los empresarios y encargados de las finanzas para que, desde sus respectivos ámbitos, colaboren activamente en la inclusión de los pobres.

Los Obispos españoles, en el documento “La Iglesia, servidora de los pobres”⁵⁷, llegamos a proponer la posibilidad de impulsar un “pacto social contra la pobreza y la exclusión”, sumando así las iniciativas de los poderes públicos, de la sociedad civil y de las organizaciones caritativas. Asimismo invitamos a los cristianos a implicarse y apoyar aquellas iniciativas sociales de economía solidaria como pueden ser el co-

⁵⁷ CEE, Instrucción Pastoral, *La Iglesia, servidora de los pobres*, (2015), n. 34.

mercio justo, la banca ética y el cooperativismo ¿Conocemos personas que vivan excluidas de la sociedad? ¿Sabemos lo que se está haciendo desde Caritas y otras instituciones eclesiales para lograr la inclusión de los excluidos? ¿Podemos prestar algún tipo de colaboración para favorecer la inclusión?

En todo momento, hemos de tener muy presente que los pasos a dar en el camino de la inclusión, además de la atención directa a los excluidos, exigen verdaderas reformas estructurales y la renuncia “a la autonomía absoluta de los mercados y a la especulación financiera”⁵⁸. Asimismo, la búsqueda de soluciones para la inclusión de los excluidos exige una organización de la economía de tal forma que no se piense sólo en la consecución de beneficios económicos, sino que favorezca la creación de puestos de trabajo para las personas empobrecidas, haciéndolas partícipes y artífices de una sociedad incluyente

4.10. Desafío ecológico y apoyo a las economías solidarias

El papa Francisco, desde los primeros momentos de su pontificado, está insistiendo en sus intervenciones públicas en la urgencia de hacer frente a las nuevas pobreza que se detectan en todo el mundo. Entre estas nuevas pobreza, se refiere concretamente “al conjunto de la creación”, en donde existen seres frágiles e indefensos que quedan a merced del desarrollo indiscriminado o de los intereses económicos de los estados y de las multinacionales.

⁵⁸ EG, n. 204.

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

Esta preocupación por el bien común de la humanidad y por el futuro del universo exige poner en primer plano el cuidado de la creación. Dios nos ha regalado el mundo y todo lo que contiene para que lo cuidemos y disfrutemos de él. Si no queremos suicidarnos o dejar una naturaleza degradada a las futuras generaciones, hemos de poner los medios para hacer frente a los proyectos egoístas de tantos grupos sociales que únicamente piensan en el propio beneficio. Para ello, es preciso llegar a la convicción de que los seres humanos no somos solo beneficiarios de la creación, sino custodios de la misma. Esto nos obliga a poner los medios adecuados para no dejar signos de muerte y destrucción que puedan afectar a nuestra vida y a la de las futuras generaciones.

Dios quiso esta tierra para que nosotros, creados a su imagen y semejanza, cuidemos de ella en beneficio de todos los hombres. Ha puesto bajo nuestra responsabilidad la creación para que cumpla su fin y no para que la destruyamos o convirtamos en un páramo, mediante la contaminación ambiental o el aprovechamiento indiscriminado de sus recursos. En el futuro, si no se promueven medidas urgentes y vinculantes por parte de quienes tienen responsabilidades en el gobierno de las naciones, será muy difícil hacer frente a la degradación del medio ambiente y será imposible que las generaciones venideras puedan disfrutar también de la Casa común.

Además de estas actuaciones de los gobiernos, especialmente de aquellos que más contribuyen a la degradación del planeta, será también preciso que todos asumamos nues-

tra responsabilidad en la salvaguarda del planeta, aunque las acciones a realizar nos parezcan poco importantes. Se trata de promover y de educar para el desarrollo de una ecología integral que rompa la lógica del egoísmo, del consumo exagerado y del maltrato a la vida en todas sus formas⁵⁹.

Los cristianos, iluminados por la Doctrina Social de la Iglesia, necesitamos despertar a esta nueva conciencia ecológica que, como nos decía el Presidente de la CEE, “respete la vida en todas sus fases, especialmente la de los seres humanos desde la concepción hasta su fin natural, se alcance un desarrollo humano sostenible, se escuche fraternalmente el grito de los hambrientos y los pobres, que son los que más sufren las inclemencias naturales y la devastación de la tierra. Hoy, la lucha por la justicia, la concordia y el auténtico progreso humano pasa inevitablemente por la común implicación en el cuidado de esta casa que a todos nos acoge, por una ecología integral”⁶⁰.

Este cuidado de la casa común, entre otras muchas cosas, exige el impulso de economías más solidarias como pueden ser el comercio justo, las finanzas éticas, la promoción del cultivo y del consumo ecológico. Asimismo, exige la promoción de iniciativas encaminadas a la consecución de una economía colaborativa, en la que se favorezca la relación directa entre los ciudadanos sin necesidad de pasar obligatoriamente por los cauces del mercado convencional. En medio

⁵⁹ Cf. FRANCISCO, Encíclica, *Laudato si*, (2015), n. 230.

⁶⁰ RICARDO BLÁZQUEZ, Discurso inaugural con ocasión de la CVI Asamblea Plenaria del Episcopado Español, (16 de noviembre del 2015).

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

de muchas dificultades, actualmente se van abriendo camino en distintos continentes. ¿Conocemos estas organizaciones que están impulsando la economía social? ¿Qué podemos hacer para conocerlas y para estudiar la posibilidad de colaborar con ellas sin perder la propia identidad? ¿Consideramos que pueden ser un espacio para la evangelización?

La Iglesia y las organizaciones caritativas no pueden permanecer ajenas a estos nuevos proyectos económicos y sociales. De hecho, cuando examinamos el origen de los mismos, descubrimos que muchos han nacido en su mismo seno y que, en la actualidad, son acompañados por creyentes convencidos de que favorecen la relación solidaria entre los pueblos de la tierra y sus habitantes. Desde hace años, personas e instituciones de Iglesia suelen estar detrás de la creación de empresas de inserción y de centros especiales de empleo, de cooperativas y de proyectos de desarrollo.

Es verdad que el camino a recorrer será lento, pero esto no puede impedirnos dar los pasos necesarios para llegar a la meta. En medio de las dificultades, hemos de seguir avanzando con tesón y paciencia. Los pasos dados hasta el presente nos dicen que el camino está abierto y que hay muchas personas interesadas en dar a conocer la bondad de este nuevo enfoque de la economía a los políticos, financieros y empresarios.

4.11. La formación de los miembros de Caritas

El cristiano que presta su servicio en Caritas, ya sea como

MONS. ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

voluntario o como contratado, además de vivir el compromiso bautismal asumiendo la misión evangelizadora de la Iglesia en la familia, en el trabajo y en las transformaciones de las realidades sociales de acuerdo con los criterios del Evangelio, ha de experimentar también la necesidad de crecer en la vida espiritual y en su formación integral.

En el servicio a los pobres no basta la buena voluntad. Juntamente con la disponibilidad personal para el servicio, se precisa también una adecuada formación para que el servicio prestado se realice con la adecuada competencia. Por eso, además de la formación cristiana integral que todos necesitamos para vivir consciente y responsablemente la fe en este momento de la historia, quienes viven su compromiso cristiano en Caritas precisan también una formación específica.

Hoy, para avanzar hacia la unificación de la vida cristiana, los cristianos necesitamos una buena formación espiritual que nos ayude a la identificación con Jesucristo y al descubrimiento de la voluntad del Padre. Pero, además, para actuar con competencia profesional en la vida social, es necesario también el conocimiento de la Doctrina Social de la Iglesia y una buena formación doctrinal para dar razón de la propia esperanza⁶¹.

Si deseamos un buen funcionamiento de la actividad caritativa en la diócesis y en las parroquias, es urgente que cuidemos la formación humana, cristiana, pastoral y social,

⁶¹ S. JUAN PABLO II, *Christifideles laici*, nn. 58-60.

«LA CARIDAD EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

no sólo de quienes trabajan directamente en Caritas, sino de todos los miembros del Pueblo de Dios. Partiendo de estos presupuestos formativos, será posible que surjan cristianos que puedan prestar una atención integral a todos los necesitados. “Quienes prestan ayuda han de ser formados de manera que sepan hacer lo más apropiado y de la manera más adecuada, asumiendo el compromiso de que se continúen después las atenciones necesarias”⁶².

Las personas que entregan su vida a paliar el sufrimiento de los demás, han de actuar siempre con la convicción de que la competencia profesional no es suficiente, pues el ser humano espera siempre algo más que una atención técnicamente correcta. Necesita humanidad y “atención cordial” para descubrir el amor de Dios a través de los gestos, palabras y acciones de quienes les sirven. ¿La atención que prestamos a los necesitados nace de un corazón transformado por el amor de Dios? ¿Somos conscientes de que, además de la formación profesional y técnica para servir a los necesitados, necesitamos una “formación del corazón”, pues que nadie puede dar lo que no tiene?

El logro de este objetivo exige que todas las comunidades cristianas, al programar la actividad pastoral y caritativa, programen también la formación integral que ayude a todos los cristianos a vivir la caridad con la adecuada competencia profesional y espiritual. En estos tiempos de relativismo e indiferencia religiosa es imprescindible cuidar en todos los bautizados la relación personal y comunitaria con Dios para

⁶² DCE, n. 31.

MONS. ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

que el amor al prójimo no sea sólo un mandamiento impuesto desde fuera, sino una exigencia de la fe, que impulsa a actuar por medio de la caridad ⁶³.

⁶³ Cf. Gal 5, 6.

Conclusión

La evangelización y el testimonio de la caridad, como aspecto fundamental de la misma, no pueden entenderse nunca como fruto del esfuerzo humano, sino como manifestación de la actuación del Espíritu Santo en el corazón de cada persona. El papa Francisco, convencido de esta verdad, no cesa de recordarnos que la Iglesia para ofrecer la alegría del Evangelio y para mostrar el amor de Dios a los más necesitados necesita hombres y mujeres que se dejen guiar por la acción del Espíritu. Él es siempre el primer evangelizador, el que derrama constantemente en nosotros el amor de Dios y el que nos impulsa a salir en misión hacia todas las periferias humanas superando el miedo.

Las dificultades para la misión las encontraremos siempre. Pero, para un cristiano que vive conscientemente su fe, las dificultades son siempre retos que el Señor pone en nuestro camino para que busquemos siempre su voluntad y para que tengamos presente que, a pesar de nuestras limitaciones e incoherencias, su gracia sigue haciendo maravillas en nosotros y por medio de nosotros a favor de nuestros seme-

MONS. ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

jantes. El testimonio de muchos cristianos y personas de buena voluntad, que ya están afrontando estos retos y abriendo nuevos caminos en las organizaciones caritativas de la Iglesia, tiene que llevarnos a la convicción de que la empresa es posible.

Con el propósito de afrontar con seguridad y esperanza el futuro, todos los miembros de la Iglesia hemos de seguir analizando los signos de los tiempos y creciendo en la fidelidad al Evangelio. De este modo, viviremos con la preocupación de compartir en la caridad las angustias y las tristezas, las alegrías y esperanzas de los hombres, mostrándoles así el camino de la salvación. El servicio amoroso a los más pobres será siempre la mejor expresión de nuestra fe en Jesucristo y el medio más adecuado para testimoniar su amor a todos los hombres.

Que María, la Madre de la Misericordia, nos muestre siempre el rostro de su Hijo e interceda por nosotros para que no dejemos de proclamar que el Señor es poderoso y que su misericordia llega hasta nosotros de generación en generación.

Con mi sincero afecto y estima, recibid mi bendición.

8 de septiembre de 2016

Fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen María

+ Atilano Rodríguez Martínez
Obispo de Sigüenza-Guadalajara.

||
—

||
—

—
||

—
||